

Nº 22.

22 AGOSTO

1926

PAGINAS

EXTRAORDINARIAS

DE

El Día Gráfico.

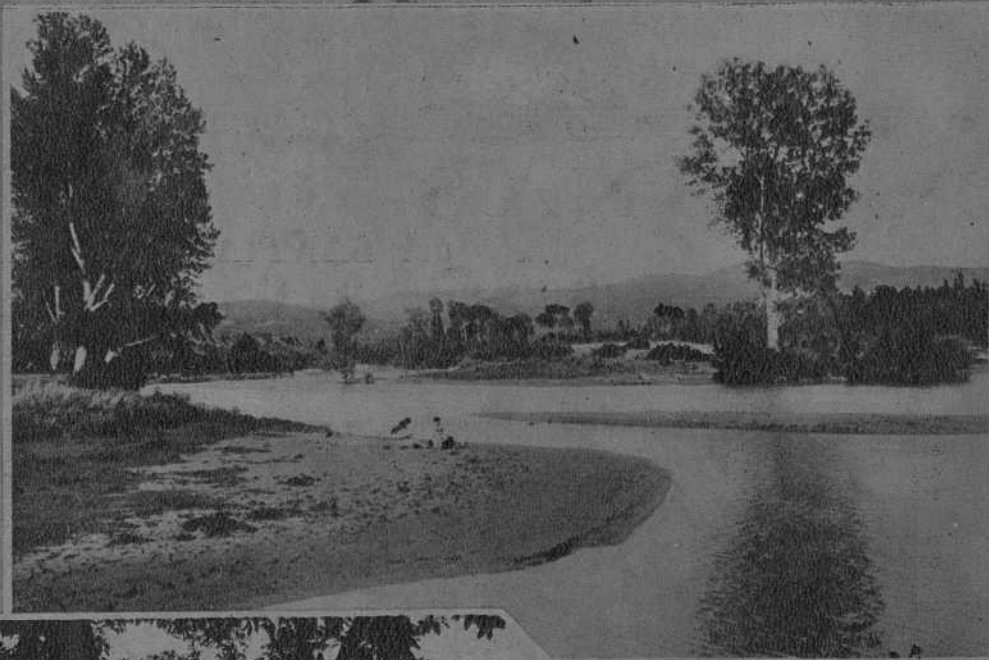


LOS GRANDES CUADROS
DE LOS
MUSEOS ESPAÑOLES.

"Elena y María a caballo", cuadro
de Joaquín Sorolla, en el museo
de Barcelona.

(C. I. Arxiu "H. S.")

Paisajes
de
Cataluña.
AMER



En la provincia de Gerona, a orillas del Ter, Amer y su comarca, nos ofrecen estos paisajes suaves, finos y transparentes, que explican el que nuestros pintores hayan ido a buscar la enseñanza de los pintores impresionistas franceses.



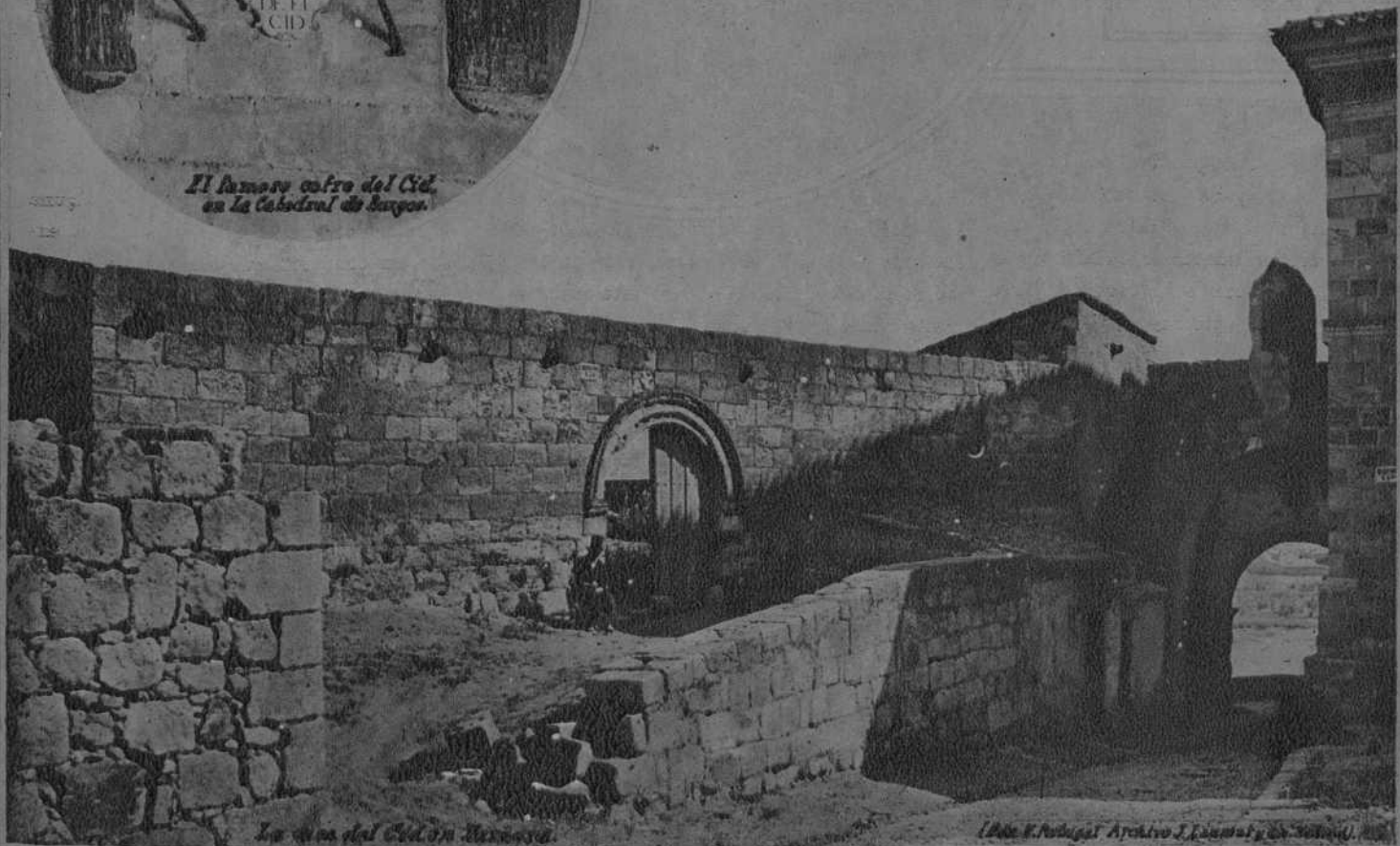
Tierras de poemas.



El castro del Cid en Burgos.



El famoso cofre del Cid, en la Catedral de Burgos.

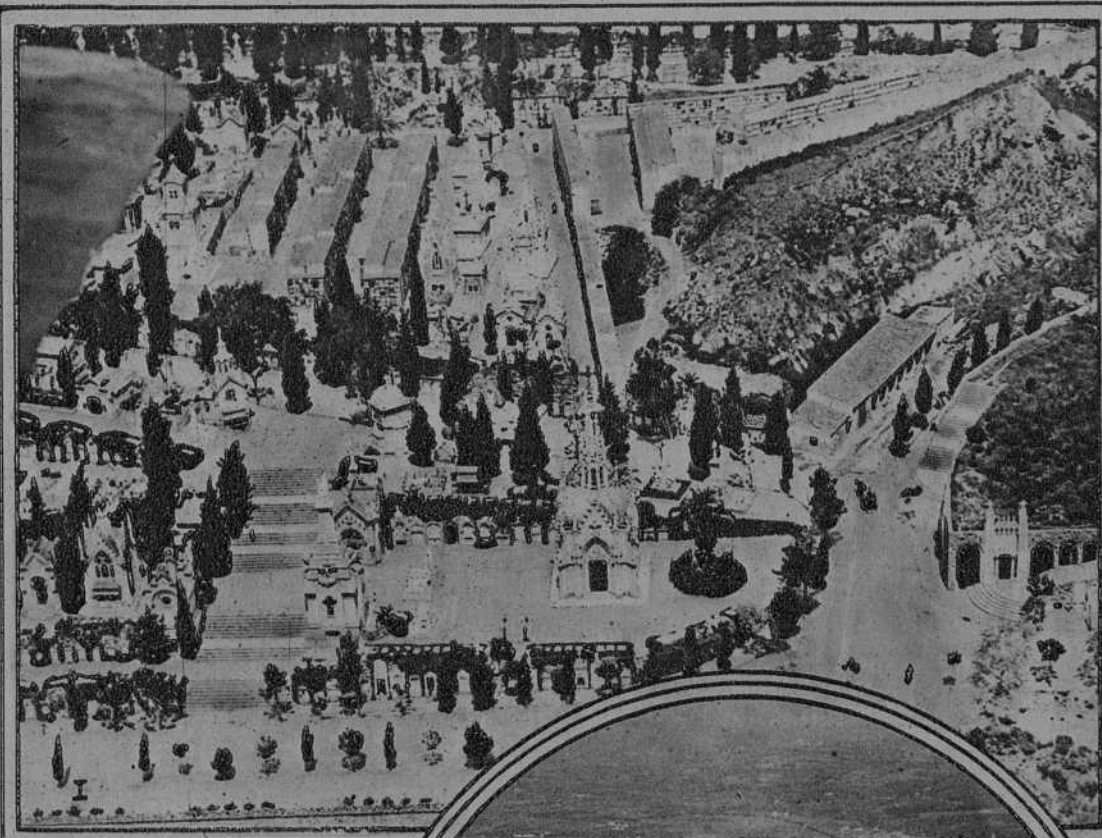


La casa del Cid en Burgos.

Edif. de Pedregal Archivo J. Comas y de Villanar.

La cintura de Barcelona, vista desde avión.

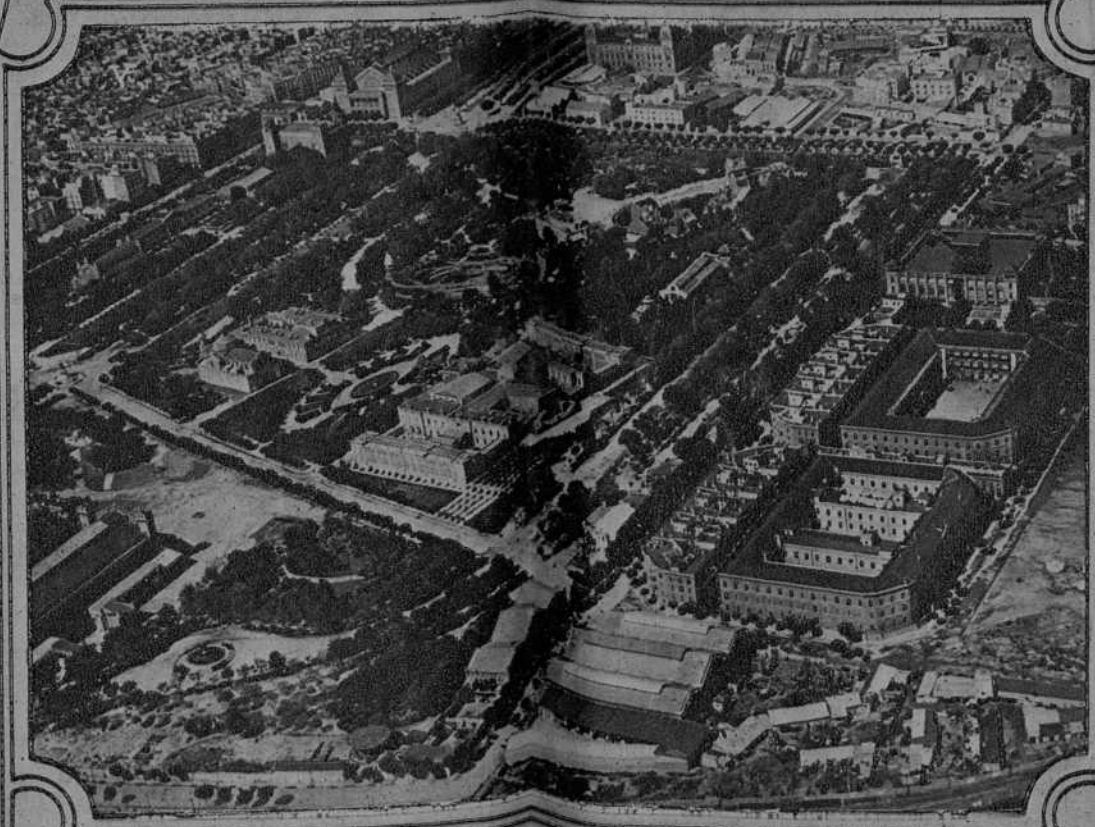
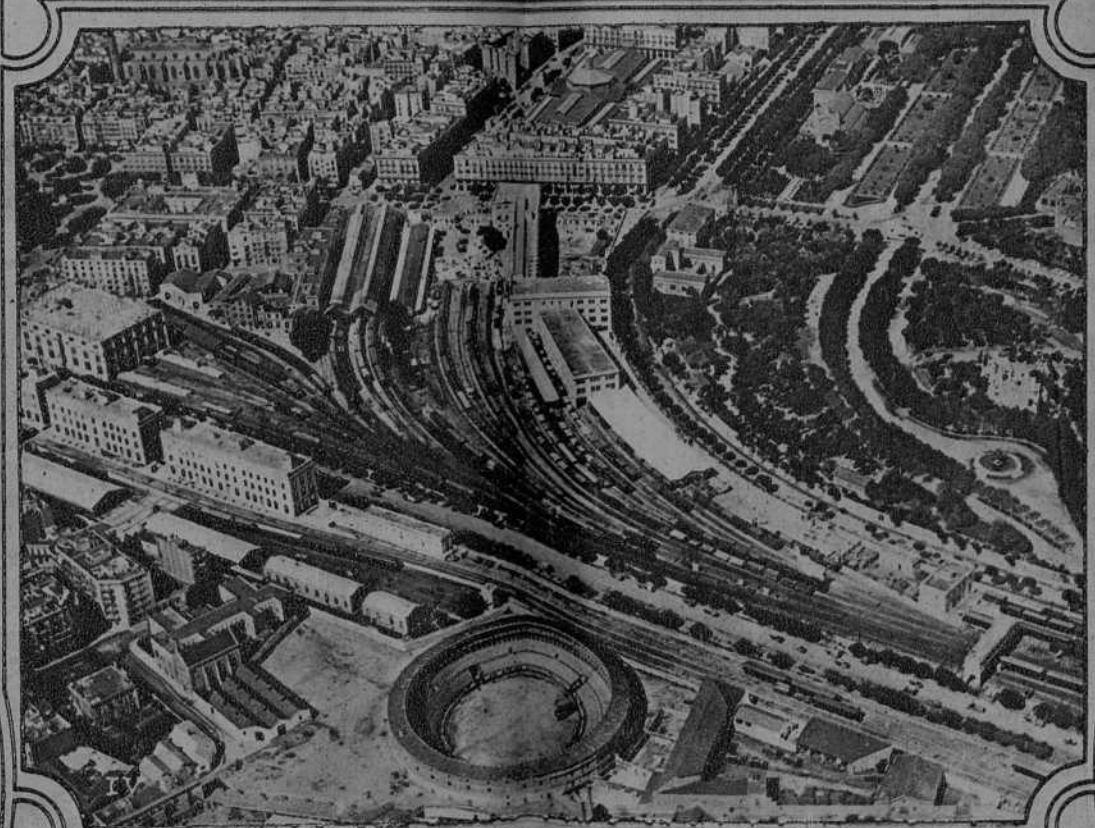
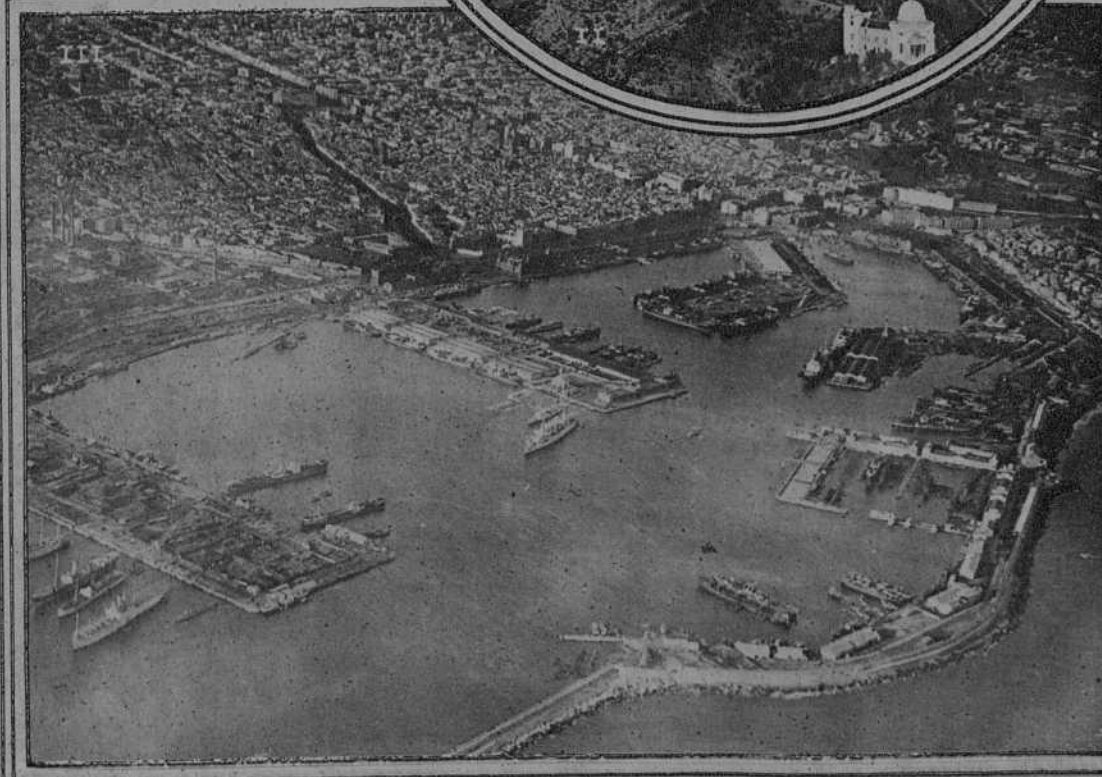
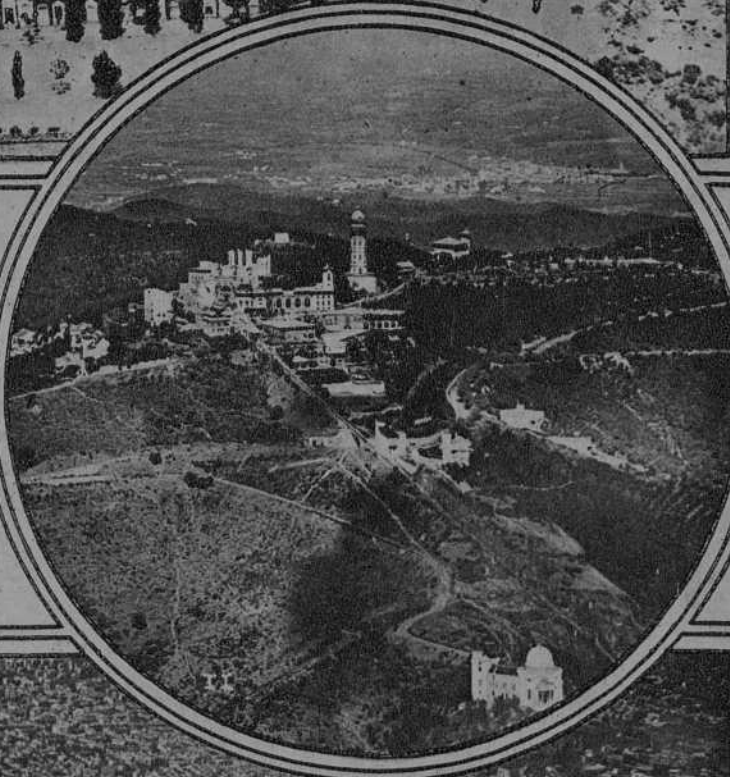
(Fots. Gaspar, desde un avión de la C^{ta} Latécoère).



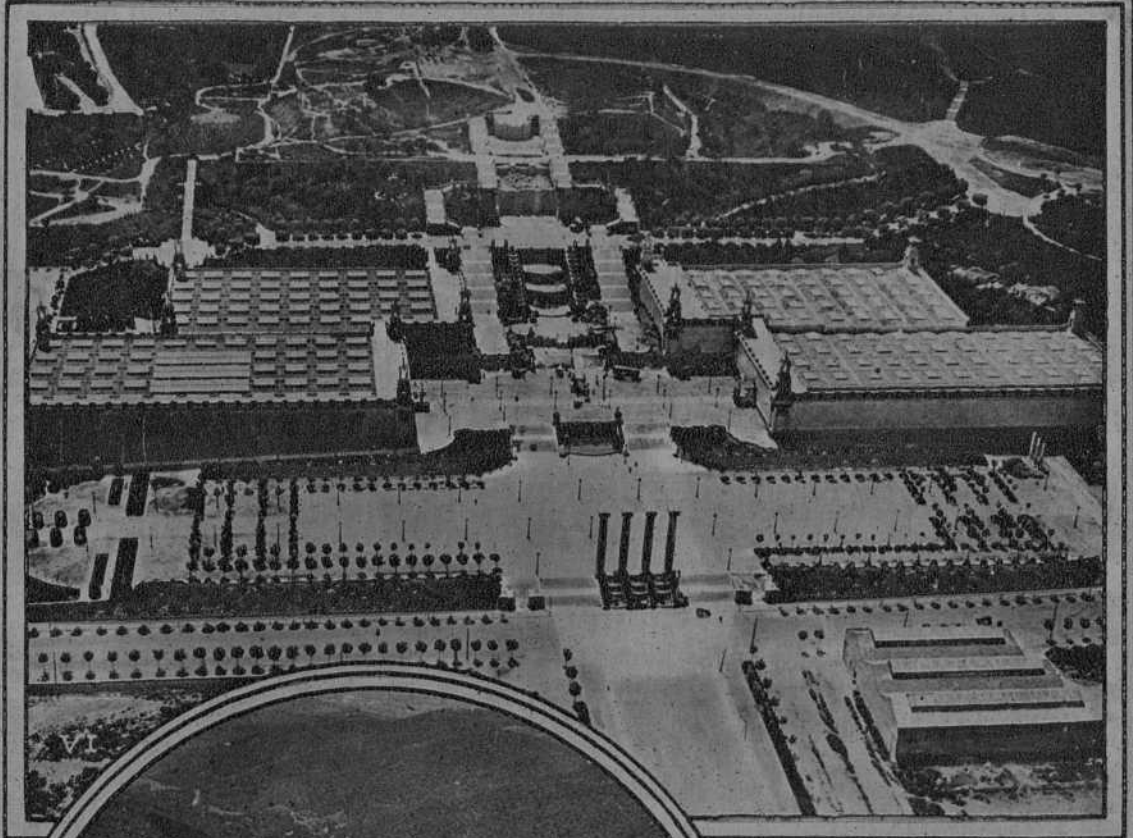
I.- Vista parcial del
cementerio nuevo.

II.- Vista parcial de
la montaña del Tibi-
dabo, al fondo S. Cugat.

III.- El puerto.



IV.- Plaza de Toros Antigua y Estación de Francia.
V.- El Parque y Cuarteles.



VI.- Palacios y jardi-
nes de la Exposición
de Montjuich.

VII.- Vallvidrera.

VIII.- La carretera del
Clot a 500 mts. altura.

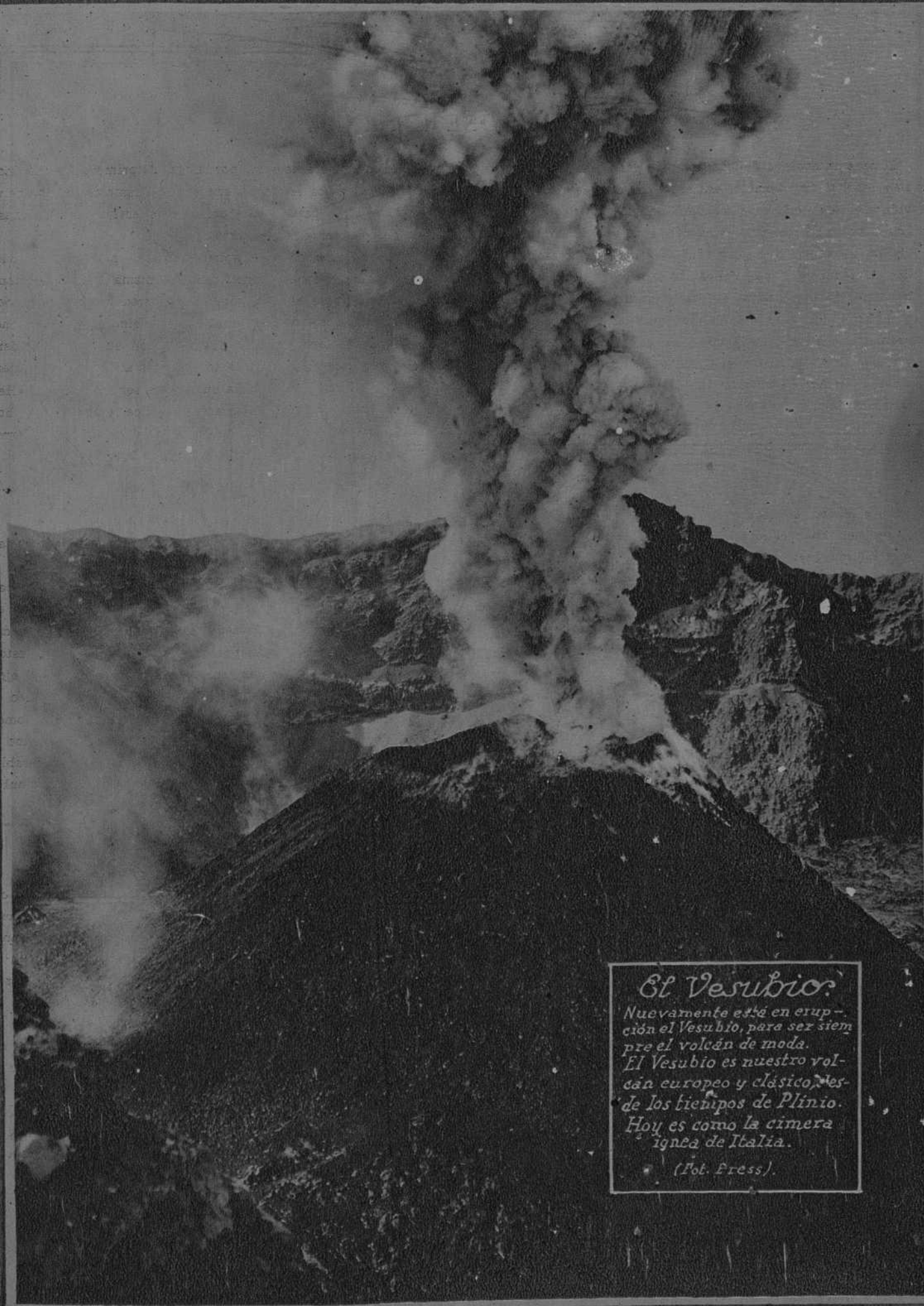


Las batallas
del
siglo XIX,
en nuestro
Museo Moderno
de
Pinturas.



I.- Fragmento del cuadro de Martí Alsina "El sitio de Cerona".
II.- "La rendición de Cerona", cuadro de Laureano Barrán.
III.- "La batalla de Mituan", cuadro de Francisco Sana.
IV.- "La batalla de Wad-haz", cuadro de Fortuny.





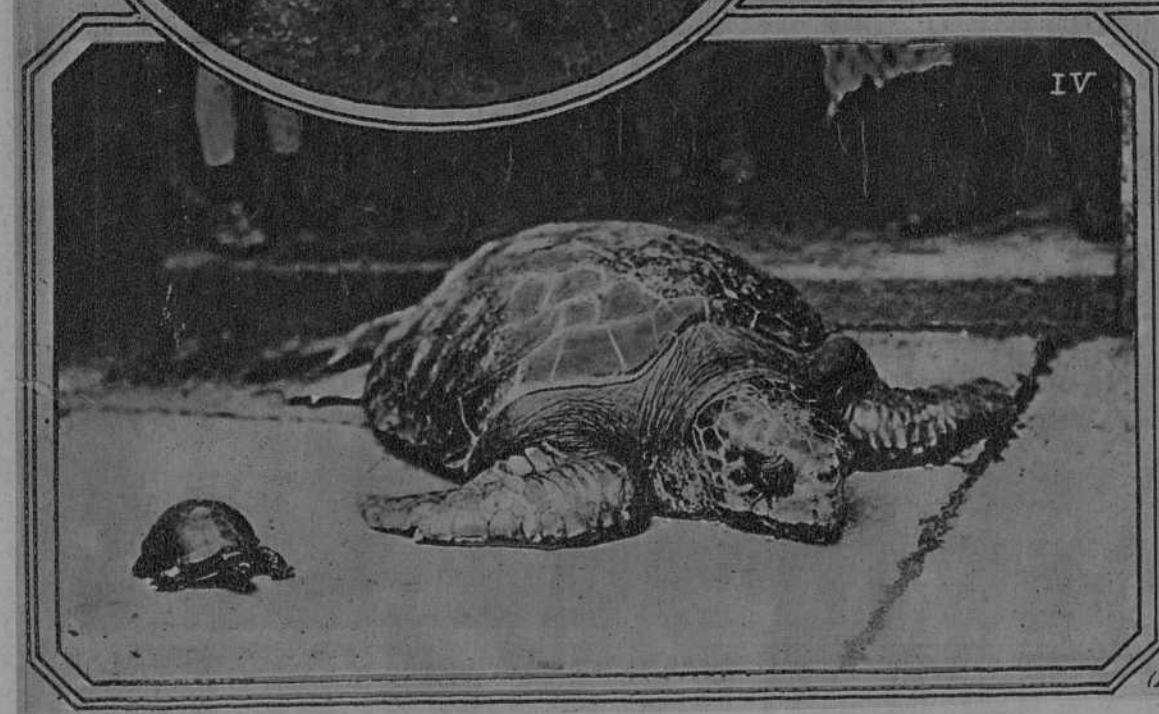
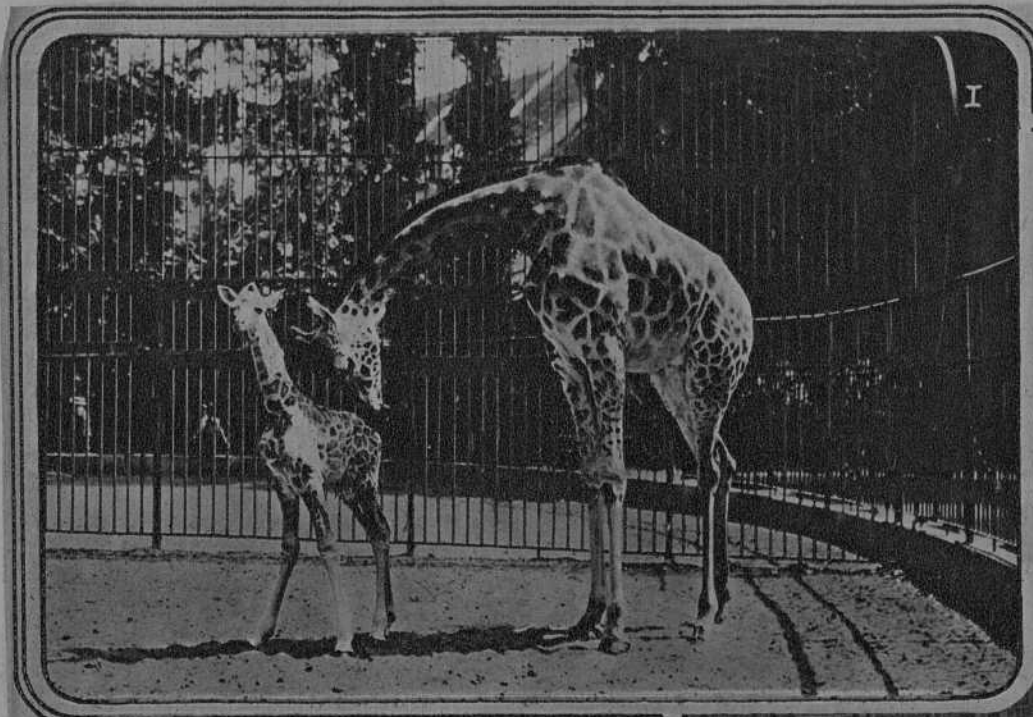
El Vesubio:

Nuevamente está en erupción el Vesubio, para ser siempre el volcán de moda.

El Vesubio es nuestro volcán europeo y clásico, desde los tiempos de Plinio.

Hoy es como la cimera ignea de Italia.

(Fot. Press).



*Los animales
en familia*



- I.- La jirafa madre y la jirafita.*
- II.- El cocodrilo y su primogénito.*
- III.- Un hipopótamo parental y sus hijos.*
- IV.- Una tortuga de 300 años y otra de uno.*

EL EMIGRANTE

por MARCELINO DOMINGO

I

Angel nació en Tarragona y vivió en ella hasta los diez y ocho años. Al llegar a esta edad, desapareció. Tenía su casa en una de las calles que cercan la Catedral; la de Escribanías Viejas. Era una casa antigua, pobre, con un ancho portal de piedra labrada y un obscuro zaguán. En una de las dovelas del arco de la puerta había una fecha, y sobre la fecha una inscripción; inscripción y fecha habíanse borrado de tal modo, que era imposible precisarlas con exactitud.

El padre de Angel desempeñaba un cargo en el puerto. Todas las mañanas, a la misma hora, salía de su casa; llegaba a la plaza de la Catedral; descendía las escaleras; pasaba por la calle Mayor; cruzaba la Rambla de San Agustín y la de San Juan, y por la Bajada de Toros se dirigía a su oficina. Discurría automáticamente por todos estos sitios, con los ojos vueltos hacia adentro, sin pensar, posiblemente, en nada; pero falto de curiosidad para el panorama circundante. Ni volvía para mirar la Catedral cuando estaba junto a ella; ni alzaba la cabeza para percibir el mar cuando se hallaba frente a él. Contiguo a la Catedral y al mar toda la vida, ni de las piedras del templo gótico, ni de los encantos del Mediterráneo, tenía noticia ni apetencia.

El padre de Angel era, en su casa, un hombre callado, triste, que llevaba la vida como una carga. Si alguna vez abría la boca, era para gruñir o blasfemar. Una enfermedad cualquiera, sin embargo, le asustaba sobremanera y agarrábase, entonces, a la vida, con ademán desesperado.

La madre de Angel administraba un puesto de venta en las «cocas». Revendía verduras que ella compraba a una hortelana, y en este comercio, que le ocupaba de las seis a las once de la mañana, ganaba unos céntimos diarios; ochenta, noventa, una peseta. Por la tarde, cosía para una fábrica de géneros de punto que daba trabajo a domicilio. La madre de Angel, colocaba los abultados ovillos en una silla; situada la silla frente a la puerta de la calle

y aprovechando lo mismo en invierno que en verano, toda la luz del cielo, trabajaba mientras veía. Estos dos exiguos negocios aliviaban suficientemente el presupuesto doméstico.

La madre de Angel era totalmente distinta a su marido.

No sabía una palabra de arquitectura ni de historia, pero apreciaba por intuición el valor de los tesoros artísticos de la Catedral, y le deleitaba pasear por los Claustros deteniéndose en el examen de las flores y figuras de los capiteles; en el estudio de los apóstoles que se erguan en las hornacinas del imafrente, numerando los que faltaban y deduciendo, por ello, según la leyenda, el número de siglos que contaba la Catedral. No había salido nunca de Tarragona pero extasiábase ante el mar; su lejanía, sus colores, sus matices. La madre de Angel, había sido una moza guapa, esbelta, alegre y dicharachera. Apenas tenía treinta y cinco años y había perdido la mayor parte de estos encantos: las facciones habíanse pronunciado excesivamente, deformando el conjunto; la vida sedentaria puso grasa en las curvas delicadas de su cuerpo; la gravedad y el silencio de su casa, habían alejado de sus labios la risa y las palabras. Únicamente, alguna que otra vez, estando sola, cantaba canciones de su juventud y cantándolas veníanle, sin saber por qué, las lágrimas a los ojos. Solo de tarde en tarde, se acicalaba para salir con su hijo.

Abría entonces una cómoda recia, vieja, heredada de sus padres, y de uno de sus cajones, poniendo las manos dentro, sacaba el vestido, plegado y guardado cuidadosamente... Porfaselo... Sobre la abundosa mata de cabello, tendía la mantilla. Parecía otra mujer.

Como Angel era un mozo alto, fornido, bien plantado, su madre le decía:

—Nos creerán marido y mujer.

—O novios—repetía inviolablemente Angel, envolviendo con un brazo el cuello de su madre y besándola en la frente.

El paseo era siempre el mismo. Cruzaban la plaza de la Catedral y subían por las «co-

cas»; pasaban por delante del cuartel del Carro, y por la puerta de San Antonio salían al Jardín del General. Unos días, en el jardín del General ya, marchaban hacia abajo, en busca del mar; otros, hacia arriba, al hilo de las viejas murallas. El tomar una u otra dirección, dependía del estado de su espíritu. Si se encontraban alegres, les placía marchar por la carretera de Barcelona; bajar por el sendero que se tiende junto al presidio del Milagro, llegar a la playa y espaciar los ojos en la inmensidad. Si se hallaban contrariados, partían en dirección opuesta, aliviándose en la soledad del camino que corre al pie de las murallas romanas: desde allí veían el cementerio, las huertas, la montaña que cerraba el horizonte, y descargaban el corazón suspirando. Por ese lugar recoleto, sólo encontraban almas en pena como ellos: unos sacerdotes; alguna familia severamente enlutada; dos, tres, hombres, que andaban con la cabeza baja, sin fijarse en nada ni en nadie.

El diálogo entre madre e hijo era, en definitiva, siempre el mismo.

—Habrás de trabajar...

—¿En qué?

—En lo que fuera. En un comercio; en el puerto con tu padre...

—No me darán nada y me starán... Y quedaré ya atado para siempre.

—Tu padre te echará un día de casa.

—Antes me iré yo.

Angel pronunciaba con tal presteza y rotundidad estas palabras últimas que su madre, asustada, cortaba aquí la conversación. Durante el resto del paseo, se hablaba ya de cosas indiferentes, con monosílabos que, a veces, eran sólo una voz inarticulada; o no se hablaba ya más. Al llegar a casa, la madre desnudabase y Angel se sentaba en una silla a la puerta. A la puerta se acercaban entonces, algunos amigos de Angel y hacían tertulia. Uno, era hijo de un militar. Otro, estudiaba en la Normal de Maestros, hablaba con énfasis y daba instintivamente con un palo a todos los chicos que pasaban. Los otros, eran muchachos que se hallaban en esa edad de la vida en que se ha de tomar rumbo y no se bían aún, ni les preocupaba cuál habían de

tomar... El tema habitual del coloquio, eran las mujeres. Angel hablaba de ellas con apasionamiento, sin furor carnal, pensando en la mujer como compañera de la vida; el militar, sólo pronunciaba de tanto en tanto una frase encendida; el pedagogo, era un trasunto del monje Panucio; para los otros, la mujer era únicamente el trozo de carne en donde podía hincar y satisfacerse el diente lujurioso del hombre. Todos horros de dinero, despagaban o mantenían el ardor medular en el relato libidinoso.

Un día de malhumor, el padre de Angel, desbandó la tertulia con cuatro gritos.

Llamó a Angel, y en el zaguán, sin esperar a encontrarse en lugar más recogido de la casa, le advirtió secamente que le daba veinticuatro horas de tiempo para buscar trabajo o para irse. Angel no replicó. La madre, escuchaba temblorosa desde la cocina, sin atreverse a mediar, aplacando al padre y reconviendo en tonos suaves a Angel... Aquella noche, en la cena, nadie pronunció una palabra. Terminada, cada uno se fué a su cuarto sin despegar los labios.

Al día siguiente, a las seis, la madre marchó a su puesto del mercado; a las ocho, salió el padre para la oficina. Angel, cuando la casa quedó sola, envolvió en un pañuelo alguna ropa y sin pasar por las «cocas» para evitar que le viera su madre, bajó por la calle Mayor, llegó a la Rambla de San Agustín, torció a la izquierda y salió a la carretera de Barcelona... En vez de descender por el atajo que llevaba a la playa, resueltamente y con ademán de hombre dispuesto a larga marcha, siguió carretera adelante. El corazón era la única carga que, de pronto, en el camino, le daba sensación de fatiga y le obligaba a sentarse en el ribazo y a meditar sobre si debía seguir andando o si debía desandar lo andado. De la meditación, salía con el propósito inicial fortalecido y con las piernas más firmes para afrontar la aventura.

II

Después de un año de prueba, sin saber cómo ni por dónde, se encontró Angel en el puerto de la Habana. Estaba satisfecho. No contaba sino con sus brazos, pero estaba satisfecho. Había logrado uno de sus afanes: situarse en un medio donde el empuje íntimo abriera buenos caminos e hiciera fácil la prosperidad. Se alistó para una zafra; trabajó en ella y salió de ella con unos pesos ahorrados. Era lo que buscaba. ¿Iba a quedarse en la Habana? No. La Habana, era una ciudad muerta, blanda, con las características de una población andaluza: precisaba una psicología especial para enraizar y fructificar en ella.

El Oriente antillano, Santiago de Cuba, en primer término, nutrido por colonias de procedencia catalana y bearnesa, era de un tipo espiritual más en consonancia con el temperamento de Angel. A Santiago de Cuba se fué.

Empezó por vender baratijas y acabó instalando una tienda, engrosando así el número considerable de los «catalanes de la esquina».

Cuando la tienda abrió sus puertas, Angel contaba ya treinta años. De su casa, había sabido que su padre quedó un día sin el empleo y, que hubo de vivir de lo que la madre ganaba. Angel enviaba periódicamente a Tarragona una parte de sus ahorros. Esto le reconcilió con su padre que no había querido saber más de él y que esquivaba la respuesta a sus cartas. Inopinadamente, recibió la noticia de la muerte de su madre. Quedó inmóvil con la carta entre los dedos, con los ojos fijos en la carta. De súbito, desvaneciéndose en una congoja de desesperación. «¿Cómo no se despidió de su madre? ¿Cómo no decidió aconsejarse de ella, prendido en sus brazos, antes de partir? ¿Habría muerto de pena? ¿La habrían agostado derrumbándola el cansancio, el trabajo y el hambre?» Angel cerró aquel día las puertas de su tienda y desahogó en la soledad su dolor. Lloró, como no había llorado en la vida. Como no pensaba que un hombre pudiera llorar.

Pasó unas semanas sin ser el que era. Apenas hablaba. Trabajaba con la inconsciencia y el ritmo de un autómata. De noche, si velaba, veía a su madre y mentalmente hablaba con ella; si dormía, soñaba con ella. El alba le sorprendía con los ojos abiertos y humedecidos. «¿Por qué no venderlo todo; marchar a su tierra, abrazarse al cuerpo aún caliente, y, sin ilusiones en la vida, quedarse ya en cualquier parte?» se decía de pronto. Y cuando esta idea parecía fija, clavada, decisiva, otra idea opuesta la nublabla. «¿Para qué ir ya, si no había remedio? No sólo no ir ahora, sino que no ir nunca más a Tarragona.»

El tiempo fué un sedante. Le apaciguó el espíritu y sofocó la pena. Despertó en él, con ímpetu irrefrenable, un ignorado sentimiento de egoísmo. «¿Por qué no constituir su vida, ordenada, edificar su hogar, ya que no podía pensar en el hogar de sus padres como refugio del porvenir?» Alzó los ojos hacia las mujeres que le rodeaban con el propósito de discernir la elegida. La encontró pronto. Era una mujer alta, espigada, con una deliciosa cara de bondad. Se llamaba Clara María. Sus abuelos eran unos asturianos que habían ido a Cuba en tiempo de la dominación española; sus padres eran ya cubanos, y en la guerra de

1896, el padre, había sido uno de los adeptos más entusiastas de Martí. Ya independientes las Antillas, irritado por la intervención desafortunada de los Estados Unidos, y por la política corrompida y corruptora de la Habana, había tomado parte principal en alguno de los alzamientos separatistas del Oriente cubano, acabando por arrinconarse en su casa, vivir de un pequeño comercio que tenía y no querer saber nada de nada.

Clara María, tenía una voz suave, aterciopelada, que parecía el rezo de un canto monjil; tenía unas manos largas, blancas, finas; tenía unos ojos negros, grandes, claros y serenos como los del madrigal de Gutiérrez de Cetina; tenía un inefable gesto de dulzura... Angel se sintió arrebatado, envuelto por ella. Por ella y con ella, fué otro hombre: trabajador, optimista, audaz, alegre. No contaba ni quería contar con amistades. De anochecido, el padre de Clara María, iba a la tienda y en ella congregábase la tertulia; la misma tertulia siempre, y siempre el mismo tema: el tema de las ventajas e inconvenientes que había producido la independencia; de la abyección que representaba la enmienda Platt; de la necesidad de desposeer a la Habana de sus privilegios políticos y trasladar éstos a una población de otra naturaleza espiritual: Santa Clara, Camagüey, Santiago de Cuba.

El tema, desenvolvíase siempre con los mismos argumentos y los argumentos se exponían siempre en el mismo tono: voz alta, ensordecedora, y hablando todos los contertulios a la vez. El padre de Clara María, intervenía en raras ocasiones, y su intervención era indefectiblemente para formular en tres palabras una sentencia. Clara María, no hablaba nunca; y Angel, si en alguna ocasión se decidía a mediar, era para exponer un concepto que sorprendía por su apretada lógica y por la sobriedad de su elucidación.

Los domingos, Clara María y Angel, pasábanlos en casa del padre de Clara María. Por la tarde, alquilaban un auto y ascendían al Boniato: buscaban aquella cima eminente para extasiarse desde ella en la contemplación de uno de los horizontes más sugestivos de color y de línea en que puedan prenderse los ojos...

Pasaron años. Murió el padre de Clara María; supo Angel de la muerte de su padre. Estaban ya los dos solos en la vida. El, contaba cuarenta y cinco años; ella, treinta y cinco. Poseían ya una cantidad considerable de miles de pesos. No eran ricos, pero tenían el porvenir asegurado. «¿Para qué afanarse, si después de ellos, no venía nadie y para ellos contaba ya con lo suficiente? ¿Para qué perpetuar la vida de encadena-

miento que para Angel, por no haberse aclimatado espiritualmente en aquella isla era, además de destierro?»

Clara María, dejó como siempre a Angel que resolviera. Angel no se decidía a ello. Clara María con la música de su voz, la sugestión de su gesto y su luminosa intuición, insinuó un día:

—Tú quisieras volver a Tarragona, ¿verdad?

—Sí—exclamó Angel, explotándole en los labios en los ojos, en la expresión súbita de todo el cuerpo, el deseo contenido, callado.

—También a mí, me atrae la idea de viajar; de ver el país de mis antepasados; de conocer tu ciudad.

A Angel se le agolpaban las palabras y desbordaba la emoción. Quería decirlo todo de una vez y besar cien veces a su mujer. A no contenerle con reflexiones Clara María, aquel mismo día habría cerrado el comercio, adquirido el pasaje y satisfecho el afán. Revivió en voz alta su infancia y su juventud: la Catedral; el balcón magnífico sobre el Mediterráneo; la playa del Milagro; la Puerta de San Antonio; las murallas. Clara María, nunca le había oído hablar de todo ello con tanta pasión. Sólo la pasión velábase con lágrimas, cuando se evocaba a la madre y al padre muertos...

—¿Será Tarragona sin ellos, como era, como yo sueño?—preguntábase Angel.

Pasaba después revista a sus amigos... «¿Qué se habrá hecho de Fulano? ¿Y de Mengano?» se decía. Y unía el nombre de cada uno a una realidad fantástica, congruente con lo que él suponía que, por sus actividades podían ser.

A veces, cuando con mayor arrebató desgranaba las palabras, advertía que Clara María inclinaba la cabeza y ocultaba la cara entre las manos para llorar.

—¿Por qué lloras?—le preguntaba Angel—¿Es que no quieres que vayamos?

—Sí—contestaba Clara María más con un gesto que con los labios.

—¿Por qué lloras, entonces?

Clara María, no contestaba. Pero Angel había de comprender que si él marchaba a inclinarse ante la tumba de sus padres, Clara María abandonaba la tumba de los suyos; que si Angel se acercaba a su tierra, Clara María se alejaba de la suya... que todo lo que en Angel podría ser alegría, por ir a los lugares que le hablaban de su pasado, era amargura en Clara María por partir de ellos...

El día que traspasaron el comercio, Angel advirtió que cancelaba un período de su vida y sintió que el corazón le pesaba tanto como el día que, carretera adelante, se apartaba de Tarragona. Después del traspaso, estuvieron ya en Santiago de Cuba bre-

vísimo tiempo. El indispensable para que Clara María, se despidiera de sus amigas. De Santiago de Cuba, salieron para la Habana. Tomaron un salón en el «pullam», y desde él, solos, recreábanse contemplando la policromía y ufanía del paisaje. En la Habana apenas se detuvieron. En su puerto, embarcaron en uno de esos transatlánticos que, ofrecen al entrar en ellos, la impresión de que, por bravo que sea el mar, el buque sabrá hacerle frente con victoria. Cuando el transatlántico inició la marcha y la banda de abordó interpretó los himnos oficiales de Cuba y España, Angel y Clara María, sobre cubierta, acodados en la barandilla, se unieron más, y percibió cada uno el temblor del cuerpo del otro... Los ojos fijos en la tierra que iba quedando a distancia, Clara María, veía con pena y Angel con alegría, cómo se iban desdibujando en el horizonte...

Aquella noche en el camarote, cada uno en su litera, apenas cerraron los ojos... Angel no podía apartar de su pensamiento la imagen de Tarragona; Clara María, no apartaba del suyo el recuerdo de Santiago de Cuba. Sólo el mar, cuando azotaba fieramente al buque y lo suspendía en el aire o lo hundía en las aguas, les llevaba a los dos a pensar egoísticamente en lo mismo; en el temporal peligroso que cruzaban.

III

Desembarcaron en Barcelona. Angel no quería detenerse en ella. Le espoleaba por una parte el afán de llegar a Tarragona, y, por otro, el mal recuerdo que de Barcelona tenía. En Barcelona, había vivido las horas más amargas de su vida; las de la huida; las del hambre; las de la indecisión. Nada en Barcelona, tenía para Angel, la evocación de un recuerdo feliz: de uno de esos momentos que enriquecen nuestro caudal emotivo. Von Uexkull, en sus «Cartas Biológicas», al hablar del tiempo, señala, que la medida del momento humano es de 1:16 de segundo; pero que esta cifra es sólo aplicable a la vida normal; cuando el sujeto se encuentra en estado de gran excitación, los estímulos del tiempo se acercan unos a otros y los minutos se hacen eternos. Los minutos en Barcelona, habían sido eternos para Angel. Por esto, quería pasar volando por ella.

Clara María, pudo, sin embargo, retenerle. Era preciso que se hicieran unas visitas. Quería Clara María, también, rezar en la Catedral Y, marchando de una parte a otra de la ciudad se sintieron atraídos por la belleza de sus avenidas, por la arquitectura complicada de sus edificios, por el rebullicio de la gente. El día que fueron a la Catedral, produjoles gran impresión la calle de los Condes, la plaza del Rey y una

de las puertas de la Catedral, la de San Ivo, de estilo románico y presentando en un bajo relieve el combate del caballero Vllardell con el dragón. Barcelona iba entrándoles por los ojos; iba llegándoles al corazón. Pero Angel desesperaba por irse... «—Ya volverían—le decía a Clara María—. Ya volverían para pasar semanas o meses, lo que ella quisiera, y verlo todo con detenimiento...»

Una mañana, por fin, salieron en tren para Tarragona. Clara María no perdía detalle del paisaje y a cada instante establecía comparaciones con el paisaje de su tierra. Los momentos en que el tren por las costas de Garraf, corría sobre el acantilado, hacía la prorrumpir en gritos. Angel, apenas hablaba limitándose a contestar con monosílabos a las expresiones jubilosas de Clara María. Cuando pasaron Tamarit, pueblo deshabitado que queda a la izquierda, alzando sus paredes sobre un brazo rocoso que adentra en el mar, Angel, en voz baja, velada por la emoción, recordó que allí había dormido el día de su huida; cuando el tren pasó por Torredembarra y Altafulla, Angel dijo:—¡Ya estamos!—y se le figuraron aquellos minutos finales, más largos que todo el trayecto.

Llegaron a Tarragona. El andén sucio, oliendo a pescado, con el suelo mojado siempre, le pareció a Angel más pequeño que era. A la salida de la estación, montaron en el coche de una de las Fondas de la Rambla. Por la ventanilla abierta, Angel, con locuacidad, despertaba súbitamente, quería enseñar a Clara María, todo lo que veía, añadiendo a la visión del objeto, la evocación de algún recuerdo de su infancia. Todo, sin embargo, se le antojaba a Angel disminuido; a las calles, parecía que les habían suprimido casas, y las encontraba cortas; a las casas, parecía que les habían cercenado pisos, y las encontraba bajas. ¿Es que su ilusión en la ausencia, les atribuyó dimensiones que no tuvieron nunca? ¿Es que sus ojos acostumbrados a posarse en horizontes de mayor radiación, se avenían difícilmente a aceptar como reales las líneas fantásticas que de la ciudad amada imaginó Angel? Era ahora Clara María la que callaba.

Estuvieron brevísimo tiempo en la Fonda: el indispensable para desentenderse del equipaje y asearse. Salieron a la Rambla, la cruzaron; subieron por la calle de San Agustín y la calle Mayor a la plaza de la Catedral. A Angel, le saltaba violentamente el corazón. Cuando entró en la calle de Escribanías Viejas, se le nublaron los ojos; cuando llegó frente a su casa, lloraba.

—Aquí nací; de aquí me escapé; aquí ha muerto mi madre—balbuceó Angel.

—Entremos—dijo resueltamente Clara María.

Había una mujer vieja, vestida de negro, en el zaguán. Púsose en pie cuando entraron Clara María y Angel. Angel apenas pudo exponerle el motivo de aquella visita. La vieja le oía sorprendida, desconcertada. ¿Cómo aquella casa fea, negra, pobre, triste, podría producir tal emoción? La vieja hacía dos años que vivía en ella. La encontró desalquilada, y no tenía referencia alguna de sus anteriores ocupantes. No supo contestar a las atropelladas preguntas que, febrilmente le dirigía Angel. Tal vez alguna vecina antigua. Y la misma vieja cuidó de requerirla inmediatamente.

Llevaba ésta muchos más años en la calle. No tenía idea de Angel, pero había conocido a su madre en sus postrimerías. Recordó que ésta le hablaba con frecuencia del hijo que vivía en América... Subieron a la habitación donde murió y permanecieron en ella, mientras la vecina contaba detalles de la enfermedad y de los últimos años de su vida. Era una habitación oscura, sin ventilación, con techo alto y unas paredes recias, gruesas, cuarteadas de arriba abajo. Angel deseaba salir; se ahogaba... Quiso ver la sala, donde había la cómoda, y su madre se arreglaba los domingos, para salir con él. Le produjo esta sala, también, una impresión desconcertante. A la inversa de las calles y las casas, le pareció esta habitación mucho mayor que la que él recordaba. El, llevaba dentro, el recuerdo de una sala colmada de intimidad y de sabor de hogar: una sala, que llenaba toda ella la figura de su madre. Ahora le parecía fría, inmensa, perdiéndose las figuras en ella...

Preguntó Angel después por su padre; por los amigos que formaban la tertulia en el zaguán. Ni del padre, ni de los amigos, supieron decirle una palabra. El padre, abandonó la casa transcurrido poco tiempo de muerta la madre; los amigos, no se sabía quien eran.

—¡Vámonos?—dijo de pronto Clara María, después de un largo silencio en el que ya era embarazosa la situación de todos...

—Vámonos, sí—repitió automáticamente Angel. Despidiéronse de las dos mujeres y salieron a la calle. Angel, iba con la cabeza baja, callado, arrastrando los pies. No miraba sino al suelo. Al llegar a la plaza de la Catedral, Clara María le preguntó:

—¿Qué tienes?

—Nada—Alzó los ojos entonces Angel para descansarlos en la magnificencia del templo gótico. Sea porque las emociones sufridas le hubieran producido una gran depresión nerviosa; sea porque la Catedral le causaba también una impresión distinta a

la que él esperaba, apoyóse fuertemente en el brazo de su mujer, y le dijo:

—Ya volveremos otro día ¿verdad?

Clara María asintió y dando espaldas a la Catedral descendieron con lentitud, paso a paso, por las escaleras que, de niño, había Angel saltado de tres en tres y subido a zancadas centenares de veces. Llegaron a la Fonda sin haber abierto la boca durante todo el camino.

IV

Llevaban ya cinco años en Tarragona. Vivían en un piso de la Rambla. Los balcones estaban frente a la estatua de Roger de Lauria: una estatua con un pedestal achaparrado y una figura de bronce más antiestética que el pedestal; las galerías de la casa, eran atalaya espléndida para divisar el mar.

Clara María pasaba horas muertas en estas galerías de cristales, viendo entrar y salir por la boca del puerto las barcas de pesca: a primeras horas de la mañana y a últimas horas de la tarde, era este ajeteo de embarcaciones un espectáculo único. De amanecido, el mar quieto, tenía un color azul blanquecino y el reflejo del sol naciente en las velas aumentaba la blancura; de anochecido, el crepúsculo rojo, sobre el cabo de Salou, enrojecía las velas, y daba a las aguas del mar un color verde fuerte, casi negro. Cuando entraba o salía un buque de tonelaje, Clara María ponía los ojos en él y, sin advertirlo, a veces, sus ojos lloraban... Angel, en las tardes que se quedaba en casa, acodábase en la barandilla de hierro de la galería y pasaba horas y horas mirando también al horizonte.

Angel, no había encontrado a ninguno de sus viejos amigos. En el café, en el paseo, había entablado diálogos con empleados jubilados o con militares viejos. Se sentaba con unos en las piedras del balcón del Mediterráneo, o se iba con otros por el paseo de las Murallas. Sus conversaciones no tenían efusión, y eran, más un medio de matar el tiempo, que de vivirlo. Clara María, no había hecho una sola amistad. Alguna vez, los dos juntos, se dirigían por el Campo de Marte, donde maniobraban los soldados, al Cementerio. Angel rezaba ante la tumba de su madre. Clara María, indiferente, leía las lápidas o pensaba en su padre enterrado tan lejos de allí, y sin una mano piadosa que cuidase de llevarle unas flores. Cuando salían del Cementerio, su silencio, era más cerrado, más absoluto que nunca.

¿Para qué advertirlo? Para Clara María, Tarragona era un destierro; para Angel, no había sido la ciudad que él soñaba. Para Clara María, eran una pesadumbre las pie-

dras y los hombres; para Angel, ni las piedras ni los hombres ofrecían las evocaciones que él esperaba.

Los dos se encontraban mal. Angel, desencantado; Clara María, amargada. Angel, con una ilusión muerta; Clara María, con una ilusión lejana. Angel, no encontrando su patria, la patria espiritual que buscaba en las calles y entre las gentes en que habían transcurrido sus primeros años; Clara María, sintiéndose expatriada. Los dos, se consideraban emigrantes en Tarragona: Clara María, emigrante de su tierra real; Angel, emigrante de la tierra de ensueño que no podía hallar en la tierra real que pisaba...

—¿Y si nos volviéramos?—le dijo Clara María a Angel un día en que los dos en la galería, veían caer las horas mirando a lo lejos...

Clara María, al hablar así a Angel se acercó más a él, le tendió sus brazos sobre el cuello le habló como si le besara...

—¿Si nos volviéramos?—dijo Angel, como hablando consigo mismo.—¿Si nos volviéramos a Cuba?—repitió alzando la cabeza y mirando a Clara María en los ojos...

—¡Sí!—exclamó Clara María, rompiendo en un sollozo angustioso y tendiendo sus dos manos a Angel con el gesto desesperado de quien implora su salvación.

—¿Lo quieres tú?—preguntó Angel—Pues vámonos. ¿Qué más dá en un sitio que en otro? Ya está uno condenado a ser extranjero en todos los suelos—Y con un gesto de renunciamento indicó a Clara María que permitía que se cumpliera plenamente su voluntad.

Fué, entonces, Clara María, quien con incontenible presteza, vendió los muebles, arregló las ropas, desalquiló la casa, dispuso el pasaje y determinó el día del viaje.

—¿Mañana?—anunció un día Clara María con los ojos y la voz desbordantes de alegría...

—¡Mañana!—repitió Angel. Pensó ir al Cementerio por última vez; no fué. Pensó subir por la calle Mayor a la plaza de la Catedral y entrar en la calle de Escribanías Viejas. Desistió de hacerlo. Sin necesidad de ningún despido, solos, montaron en un coche, llegaron a la estación que, como siempre, olía a pescado y tenía el piso del andén encharcado en agua.

Anduvieron de arriba a bajo varias veces, y cuando llegó el tren procedente de Valencia, ascendieron a él. Clara María, no podía contener la alegría; Angel, no podía contener la pena.

En Barcelona embarcaron. Nadie, en Tarragona, ha vuelto nunca a saber nada de ellos.

(Prohibida la reproducción)

La Fatalidad

SOLILOQUIO DE UN POBRE HOMBRE

por SANTIAGO ESPINEL

—Soy un fatalista convencido. Todo lo que me acaba de ocurrir, estaba escrito.

—¿Pero qué es lo que le ha ocurrido a usted?... Vamos a ver.

Se rascó la barba, echóse hacia atrás el absurdo sombrero de media copa, se arregló el plastrón unido por un mecanismo especial al cuello de goma y, con las manos atrás, empezó a pasear a grandes zancadas.

—Usted no tiene idea de las cosas que, referentes a mi modesta personalidad estaban escritas en el Libro del Destino.

—¿Estaban o están?—me atreví a replicarle.

—¡Oh!... ¡Vaya usted a saber!... ¡Hombre! No se me había ocurrido. Pero yo creo que lo principal ha quedado cumplido al pie de la letra. Sí; tal vez quede alguna minucia. Lo referente a mi muerte, por ejemplo. Pero esto no tiene importancia. Las cosas fundamentales, esenciales y básicas, ya pertenecen al pasado. ¡Qué mundo este!... A veces me pregunto quién será el encargado de escribir lo que tiene que ocurrirnos.

—¿Para poder odiarle?

—¡Ca!... Por pura curiosidad. Por lo visto es un individuo que la tomó conmigo. ¡Ha escrito cada cosa!... ¿Por qué me concederán tanta importancia?... Figúrese usted, que un día escribieron que tenía que ser heredero de una cuantiosa fortuna. Lo fui. Todo el mundo sabe que mi tía Casilda viuda de don Tomás el negrero, me hizo heredero universal. ¡Estaba escrito!... ¿Me ne-

gará usted que estaba escrito?... ¡Vaya fortuna!... A mí, que era un modesto empleado me venía grande. No sabía qué hacer con tanto dinero. Viajaba, fumaba puros de a palmo, comía caprichosos manjares... En cierta ocasión se me ocurrió que la fatalidad me impulsaba a hacer el bien. Lo hice. Empecé por proteger a la hija de mi portera. La metí pensionista en un colegio de París. Luego la llevé a pasear por Europa con su madre, que se entregaba con frenesí, a un régimen alimenticio basado en la sobrealimentación. Un día me propasé. Confieso que me propasé. ¡Estaba escrito!... —No?... Diga usted que no. ¡Ah!... Sí; estaba escrito y, por igual motivo me encontré casado con la niña.

—¿Y no es usted feliz con ella?

—Feliz. Ahora, sí. Ahora soy completamente feliz. Pero no con ella. Sin ella.

—¡...!

—Ah, pero ¿no lo sabe usted?... ¡Vamos hombre!... Si no se habla de otra cosa. Sí; acaba de huir hace ocho días con mi sobrino. Y... ¡lo que son las cosas!, han esperado a que yo le hiciera donación de todos mis bienes a él, a mi sobrino del alma. Los pobres no tienen la culpa. ¡Estaba escrito!... A ver si también se atreve usted a negarme que estaba escrito.

¡Ah!... Pues, sí; huyeron. Se lo llevaron todo. Yo notaba que, un mes antes de la partida, los trajes, las camisas, las combinaciones, las medias y los sombreros entraban en casa con profusión, a caño libre. Era una

avalancha. ¡Qué mona estaba mi mujercita! ¿Otro traje? le decía yo. A ver, póngelo. Se lo ponía. Y yo, obedeciendo inconscientemente las ocultas leyes de la fatalidad que rigen nuestras acciones, llamaba a mi sobrino para que nos diera su opinión.

¡Guapo muchacho mi sobrino!... ¿No?... Ella le invitaba a que le abrochase los vestidos.

...Yo, ya notaba que se miraban a los ojos, que se daban furtivos apretones de manos. ¡Cosas de la juventud! pensaba. ¡Ah!... Porque yo sostengo que si su fuga, no hubiese estado escrita en el gran Libro del Destino, no pasa nada. Los pobrecitos no tienen la culpa. Ni yo. Ni nadie. ¡Que sean felices!... Yo lo soy. He vuelto a mi empleo. He vuelto a respirar la atmósfera apacible y apaciguadora de mi antiguo negociado. No echo de menos las riquezas, puede usted creerlo. Con mis sesenta duros, vivo tan tranquilo. No me baño nunca. Me mudo la camisa muy de tarde en tarde. ¡Oh qué placer!... ¿Querrá usted creer que aquella locuela me obligaba a bañarme y mudarme la ropa diariamente?... No tiene usted idea. Era mi verdugo. Hasta quería que me frotase los dientes con un cepillo.

¡Qué cosas!... ¿No le parece?... La vida se me hacía imposible. Ahora soy feliz. Todo lo que estaba escrito se ha cumplido. Porque si hay escrito algo más, supongo que no será cosa de importancia, si es que se pueden llamar importantes esas bobadas que me han ocurrido a mí.

SARDANA-PERICON

por VALENTIN DE PEDRO

Quiero decir mi amor de argentino a Cataluña, hablándole de su baile.

Muchas veces el encanto de una sardana me ha robado el alma; y, viendo a un grupo de mozas bailar bajo la floresta, he tenido la impresión de que me encontraba ante un cuadro de la antigüedad.

¡Qué bien sonarían los acordes de clásica, la sardana en la flauta de Pan!...

Pero no es sólo la Grecia inmortal la que acude a mi mente, al ver bailar esta danza loada por los poetas, y amada por todo el pueblo; es también mi dulce tierra argentina.

La danza catalana tiene un sentido religioso y fraternal:

«No es la dança lasciva, la innoble els nus parells d'altres, desaparellant: és la dança sensera d'un poble que estima i avança donant-se les mans».

Y, en la Argentina, tierra adentro, que es como si dijéramos corazón adentro, también se rinde culto a un baile fraternal y religioso, del que pudieran decirse estas mismas palabras, rimadas y armoniosas. Que

escribió vuestro gran Maragall: me refiero al «Pericón». La que mejor puede considerarse, entre las danzas argentinas, como una danza nacional.

Era el baile de los gauchos, y hoy es el baile de los campesinos, los «paisanos», los «pamperos».

Sobre aquella tierra, que un venturoso destino de libertad decretó fuese de todos, todos se dan la mano para bailar. Y el «Pericón», cuando se ve bailar en el campo, al aire libre, como la Sardana, nos da una sensación de friso griego.

En el amplio escenario de la Naturaleza, la Sardana y el «Pericón» tienen el mismo carácter de bailes colectivos, son la idéntica expresión de todo un pueblo que se da la mano, identificado con su destino.

Alguien le extrañará: ¿El «Pericón» baile nacional argentino? ¿Y el tango? Yo contestaría: esta danza lasciva y decadente, no puede considerarse de ningún modo como una danza nacional argentina. Nació en esa inmensa retorta del cosmopolitanismo, que es Buenos Aires, donde se funden todas las razas del mundo, como metales en fusión, y de la cual saldrá sin duda, uno de los más preciados metales del porvenir. El tango, danza canalla y sentimental, tuvo su hora, y hoy mismo dijérase que ya vive de prestado, de las sobras de su ayer esplendoroso.

El día que se escriba una filosofía del

baile, como se ha escrito ya una filosofía de la moda, acaso vislumbremos claramente la razón de su éxito. Hoy sólo hemos de limitarnos a anotar el hecho.

La ciudad ha desdeñado el baile campesino, para entregarse, alucinada, al vértigo de un baile de moda. Pero, el baile de moda pasa, y el campo, que ha sido fiel a sus ritmos, a los latidos de sus entrañas, sigue conservando su danza, que vale tanto como decir que sigue fiel a su espíritu. Es como una mujer fuerte y casta, cuya salud y cuya fortaleza se oponen al veleidoso donjuanismo del hombre, es como una compensación a su debilidad, y en ella se salva la especie. El tango tiene un ritmo de moda, pero el «Pericón» tiene un ritmo de eternidad.

Más que la ciudad, la Argentina es el campo, la tierra libre y fecunda; y hasta ahora, la expresión más bella de su alma, es el «Pericón». Danza que tiene un sabor clásico, como la Sardana, y en la cual los danzantes se dan la mano, aún sin conocerse, como si se sintieran hermanos por la danza, espíritu de la tierra.

Mi alma, que es como una desterrada que va por el mundo añorando la fraternidad de los hombres, ama por eso estas dos danzas: la Sardana y el «Pericón», cifras de armonía y símbolos de fraternidad.

Recordando a un buen amigo

LOS INGENIOSOS DICHS DEL BARCELONES, DON FRANCISCO DE A. PERMANYER

por RAFAEL MORAGAS

Ha muerto, mi buen amigo don Francisco Permanyer Ayats, conversador ameno si los hubo, dotado de ágil inteligencia, simpático, hasta lo indecible y del que hasta ahora, que yo sepa, nadie ha hablado con el detenimiento que merece. Para muchos, para la mayoría, don Francisco Permanyer, era solamente un humorista. Yo, en Permanyer, siempre ví al espíritu que rendía un culto misterioso a su Barcelona.

Porque eso significaba para mí, el buen amigo que acaba de dejarnos; el barcelonista que es cosa muy distinta al barcelonés.

Permanyer era el hombre de libre personalidad, que fué por todas partes, en vuelo y en armonía consigo mismo. Lo mismo se le hallaba en Sumatra y en Casablanca, que en Dakar o en San Andrés de la Barca. Del alpinismo descendía a la planicie; del Golfo de Siam se trasladaba con pasmosa rapidez a San Feliu de Guixols o a la playa de Salou.

Como en la mayor parte de los humoristas, había en Permanyer, un sentimental, y tantas de las muchas cosas que narró, estaban impregnadas de íntimas amarguras. Y así ha muerto, con su filosofía y su sufrimiento.

Era Permanyer—Paco para sus íntimos,—espíritu pronto a la agudeza. De Permanyer, es aquella graciosísima comparación del curso del río Segre.

—«Hace tantas eses y serpenteos su corriente, que más que a un río, se asemeja a la firma de un notario».

Esto lo dijo don Francisco Permanyer, en el patio del Ateneo y desde que lo oyó, aún se está riendo, el notario y poeta, don Guillermo Tell Lafont. No nos extraña porque con Permanyer, Galdós, Sorolla, los Quinteros y Emilio Vilanova, se habían reído lo indecible.

Permanyer, fué en vida, íntimo de Guimerá. Una noche, Permanyer, nos invitó a oír en su casa al joven concertista de guitarra, Sainz de la Maza, que quería a don Francisco con amor de hijo. Guimerá, acompañado de Aldavert, de don Antonio Torrella, de don José Gasset, Paco Alfonso y otros amigos, concurrió a la casa de su amigo. Tocó Sainz de la Maza, se le auguró triunfal carrera, profecía que se ha cumplido; las hijas de don Francisco se desvivieron en atender a los invitados, y finalmente, se rogó a Permanyer que nos dejara oír algo en la guitarra.

—Pero toque usted, don Francisco—decía «el joven Sainz de la Maza.—Si usted toca muy bien.

—¿Yo? ¡Qué!—dijo Permanyer—Solamente toco la guitarra con la decencia necesario para poder pedir limosna en una esquina.

En Madrid, Permanyer, era popularísimo. Una madrugada le encontré en plena Puerta del Sol. Le así de un brazo y le conduje a la «peña» del café Lisboa, que era una de las más regocijadas de la última hora madrileña. La presidía Jacinto Benavente y a ella concurrían, Paco Viu, Gonzalo Latorre, el maestro Serrano, Joaquín Montaner, Juan Bonafé, Santiago Vinardell, Paco Fuentes, Martín Farnés, nuestro popular «Lod» y un sin fin de comediantes.

Don Francisco Permanyer, causó impresión en la «peña». Contó innumerables anécdotas barcelonesas que fueron celebradas con gran algazara. De pronto, llegó un pianista e imploró que se le escribiera el «monstruo» de un tango, pero que el que lo tango lo tenían que bailar, en un cementerio y alrededor de Don Juan Tenorio y de Doña Inés; nada menos que las estatuas marmóreas del Comendador, Don Luis Mejías, Don Diego y demás víctimas del botarate caballero sevillano. El tango urgía, y debía cantarse y taconearse dentro de breves días en el escenario del Teatro Novedades de la Plaza de la Cebada.

Se improvisaron los «monstruos» y se sometieron a la aprobación y fallo inapelable de Benavente y de Serrano. Las absurdidades surgían de las estilográficas. Finalmente, Benavente y Serrano, deliberaron, y el «tango macabro» que se aprobó, resultó ser el del catalán Permanyer.

Decía así:

«¡Ole cadáver!
¡Ole tu gracia!
¡Viva tu sal!
No hay en el Este
otro como este
tan sandungal.»

La ovación que se tributó a Permanyer, fué indescriptible. Nosotros no extrañamos que saliera vencedor del improvisado concurso. Conocíamos del mismo autor—y sólo recordamos el principio—una guajira que comenzaba:

«En el fondo de la mar
suspiraba una ballena...»

No había cómico, ni autor, ni empresario, ni avisador de teatro—pero de toda la

Península, se entiende—que no conociera al señor Permanyer. Poseía la simpatía a toneladas y la repartía como fruto de bendición. El popular Pepe Gil, o sea «lo Chil», le llamaba seriamente: «eixe venerable senyor Permanyer».

Un íntimo nuestro, Antonio Torrella, se lo llevó una vez a Casablanca, para que le sirviera de intérprete con un bajá. Torrella no entendía una palabra de árabe y por tanto, cuando llegaron al hotel le preguntó qué efecto le habían causado aquellos moros. Don Paco Permanyer contestó que, como efecto, hacían el mismo que los moros de «La butifarra de la llibertat».

Una mañana, nos volvimos locos para que don Francisco Permanyer almorzara con nosotros. Iba a estar Torrella un día en Barcelona y quería que Permanyer estuviese con él y le contara cosas. No le encontramos. A eso de las seis, nos dejamos caer en el Ateneo. Nos dijeron que don Francisco Permanyer se había encerrado en un cuarto y que trabajaba.

Como Dios me dió a entender, enjareté unos versos que decían:

«Permanyer: Hoy esta tierra catalana te
[abrazo...
Esta tierra que es llana, recia y generosa;
esta tierra que es cuna; esta tierra que es
[fosa

y es pobre y es hogaza...»

¡Recia como la raza!

Estamos los tres aquí en la Biblioteca. Hemos gustado del vino, el dulce y la
[manteca.
Más ufanos que si poseyéramos el «Kon-i-or»
puesto que hemos comido en Lion d'Or.

¡Permanyer!.. Ven... La tarde ya declina.
Deja la silla y el cansancio en ella
Te lo aconsejan de manera fina
Pahissa, Moragas y don Antón Torrella».

Le remitimos el infundio poético, abandonó el trabajo, cayó en nuestros brazos y con su charla desbordante nos contó un viaje a Tánger y la compra a un judío de un impermeable con lo que nos desternillamos de risa.

Permanyer el hombre bueno, culto, modesto y barcelonista, nos ha dejado para siempre. Pudo ser lo que quiso, y por no cultivar el histrionismo,—¡Dios se lo premie!— se concretó a ser el comisionista por el mundo de la vitalidad y humorismo catalanes.

LA SEGUNDA EXPEDICION DE CATALANES A ORIENTE

por CASIMIRO GIRALT

III

El «Adolf Woerman»

La farándula barcelonesa embarcó en Marsella en el «Adolf Woerman». El «Adolf Woerman» es un transatlántico moderno, rico, confortable. Si pudiese navegar por carretera sería un barco perfecto.

Es alemán. Es tan germánico, de una sola pieza que el pasajero se ve obligado a hablar en alemán, a comer, en alemán, a dormir, en alemán...

Ha de hablar en alemán, lo mismo si se dirige al capitán—un buen señor de color de salchicha, rechoncho como una botella de Benedictine,—que si se dirige a la oficialidad, a la marinería o al servicio. Ha de dormir en alemán, aunque la estructura de su cráneo no se avenga con la de la almohada que encontrará en la litera de su camarota. Y ha de comer en alemán, es decir: hoy perfumería y mañana, farmacia, si quiere satisfacer las apremiantes necesidades de su estómago.

Nuestro comediante, tan poco habituado a la cocina del laboratorio, tan poco adaptable a toda costumbre a él extraña, al sentarse a la mesa, hace inevitablemente una mueca de disgusto:

—¿Qué es esto?... ¿Puré de harina de linaza?

Y nuestro compañero, que rechaza ahora el puré de harina de linaza, había de transigir después con un magnífico besugo con salsa a la belladona, unas croquetas de cosmético y una especie de flan de cemento armado...

Los líquidos, sobre todo, le indignan profundamente. El vino, es un decir,—véase la fórmula—tinta de calamar, serrín de corcho, alcohol y tacones de goma usados—el té,—infusión de billetes de mil marcos, triturados, en época de su mayor depreciación,—y el aceite, alquimia pura,—producto derivado del hígado de bacalao, ricino y algodón en rama—tienen el privilegio de levantarle el estómago y de soltarle la lengua.

La irrupción a bordo de la farándula barcelonesa, trunció airadamente el orden y la regularidad con que vivían aquellos buenos germanos. El método y la disciplina, son algo incomprensible para un cerebro español. El español no tiene apetito cuando los otros comen, y siente un sueño irresistible cuando los demás acaban con las ganas de dormir.

Pero, esto, no es todo. Ríe, grita, alborota. Su voz no desfallece jamás. Habla siempre en mí sobreguido. Si es catalán o aragonés, habla a gritos, por aquello de la proverbial rudeza y por esotro de las «cosas claras» «y al pan, pan, y al vino, vino». Si es vasco, habla a trueno, sin duda por la excesiva potencia laríngea y pulmonar. Si es andaluz o madrileño, remeda por sí solo, el Congreso, en reunión agitada y turbulenta, y si es valenciano—ayúdenme ustedes a sentir— parece llevar en la barriga una traca formidable y ensordecedora...

Y como llevamos dicho, protesta. Nadie puede coartar ni amortiguar su sagrado derecho a la protesta. La protesta en el artista, nace unos minutos después de introducir su contrato, firmado en el bolsillo. Y es incesante, múltiple e infinita... hasta que termina el contrato. Después el artista, recobra como por encanto su natural sufrido y apacible, y reaparece en él su prodigiosa simpatía.

El comediante, protesta del sueldo que re-

cibe, de la hora del ensayo, del papel que se le destinó, de la ropa del teatro que le cayó en suerte, de la preterición de que le hizo objeto el autor, de la parcialidad de la claque, de la injusticia de la crítica; de la envidia del compañero, del orden y del tamaño de la letra con que su nombre aparece en los carteles, del público del camerino que ocupa, de las exigencias del director, de las intemperancias del maestro, del orgullo del primer actor, de la vanidad del divo o de la estrella... Y nada más excita su derecho a la protesta, sin duda, por natural discreción o por temor a parecer exigente a los ojos de la Empresa...

El límite de la protesta personal del artista, queda ya consignado. Para la protesta colectiva, mucho más compleja y múltiple, dispone cada compañía de un representante elegido por el Sindicato de Actores. A este representante se le denomina: el «delegado» y su misión es por demás difícil y espinosa.

El delegado, perfectamente impuesto de su cargo, es la concreción de la protesta. Es la protesta de todos en uno. La protesta hecha de carne y hueso, prestigio y autoridad. Es la voz de todos en una sola voz. Es el gesto resumen, la actitud epilogo. Es, como si dijéramos: el grito del catalán y del aragonés, el trueno del vasco, la sesión borrascosa en el Congreso del madrileño y el andaluz y el horrisono fragor de la traca del valenciano, estallando a la vez, potentes y abrumadores en la voz del delegado.

Pero dejemos aparte a este simpático personaje, que tiempo y ocasión habrán de presentarse para enfrentarnos con él y sin más disquisiciones pasemos a consignar que la travesía hasta Génova resultó deliciosa, imponderable.

El mar: una balsa de aceite. El cielo, más azul que en parte alguna, sin duda porque—misterios del turismo—bordeábamos la costa azul.

El mareo no llegó a enseñorearse de ninguno de nuestros compañeros de viaje. El que menos, se sentía con mejores condiciones marítimas que un salmonete. Y para mayor felicidad, la mesa germánica se había enriquecido, con el concurso de cada uno, con frutas y conservas, vinos de Italia—Marsalva, Sorrento, Chianti—y con embutidos tan sabrosos como el de Salama y la sobrasada de Nápoles.

En estas circunstancias, fué presentada a la Empresa, una comisión del pasaje a bordo en primera clase. Esta comisión—dos ingleses y un alemán, de smoking, amables, correctos—venía a proponer a la Empresa que la compañía diese a bordo una representación o concierto, y para ello, solicitaba el asentimiento del director y deseaba conocer el precio que señalaría al trabajo de los artistas.

Consultada la compañía, acordó acceder a dar la representación solicitada y destinar el importe íntegro de lo que se recaudara voluntariamente entre los pasajeros, a una institución benéfica alemana, en atención a la nacionalidad del buque.

El acuerdo sobre este último extremo, fué terminante y categórico. «Habían creído tal vez, que el artista español, no sabé ponerse a tono de las circunstancias». El artista español, cuando se le invita a trabajar—que ya es invitarle a uno—sabe responder con caballerosa dignidad. Y la dignidad en este caso, quiere decir, no cobrar. ¿Pues qué? ¿Ignoraba aquella gente, por muy pasajeros de primera que fuesen, que

para pagar a una compañía española, en tales circunstancias, no hay dinero bastante ni posible?

Uno de los artistas, se atrevió a insinuar, que en el último puerto, en Génova, el que más y el que menos de los compañeros, había dejado hasta la última peseta, traducida en liras: una especie de traducción, la más en desacuerdo con el original—las traducciones siempre pierden—porque nunca le salen a uno las cuentas.

El compañero que en aquellos momentos actuó de Sancho, de atreverse a insistir sobre este punto tan delicado, se hubiera ganado el general desprecio.

Cierto que las provisiones de frutas, conservas, vinos y comestibles, tocaban a su término. Cierto que muy pronto habría de recurrirse fatalmente a las bebidas y vituallas del mostrador del bar. Cierto que a cambio de todo esto, había de darse un dinero del que se carecía o firmar un vale que habría de ser pagado antes de desembarcar...

Cierto todo esto, pero ¿acaso no tenía la cosa un remedio sencillísimo? Con no parecer por el bar, quedaba resuelto el conflicto. Afortunadamente, los menús germánicos eran ya más tolerables por la fuerza de la costumbre y en cuanto a las bebidas, la cerveza sobre todo, con prescindir de ella, se estaba al cabo de la calle.

Al fin y a la postre, la cerveza es la menos española de las bebidas, y para un español, que como tal, sabe beber vino a conciencia—ya que no siempre con medida—prescindir de ella no constituye un sacrificio de mayor cuantía.

Apoyando este razonamiento el bailarín de la compañía—un gitanillo pur sang—afirmaba con olímpico desprecio:

—¿Pues qué? ¿Ignoran ustedes que eso es beber cerveza e un pretexto pa comer cebá?...

Y así fué. Se prescindió de caprichitos y se llegó a la noche de la representación. La compañía «Mujeres y Flores de España» debutó solemnemente—dato importante para la historia—en alta mar a bordo del «Adolf Woerman» y en función de beneficencia que produjo cerca de tres mil pesetas. La labor de los artistas, entusiasmo, justo es consignarlo, a la concurrencia toda, terminando la fiesta con un baile y un espléndido lunch con que, el capitán del buque obsequió a los artistas.

Seguro, segurísimo que los viajeros y la tripulación del Woerman no han vuelto aún de la sorpresa que les ocasionó el gesto generoso de los comediantes españoles negándose a percibir el importe de lo recaudado. Recordaremos siempre la mueca de estupor, con que la comisión que organizó la velada, recibió la contestación de los artistas sobre este punto. Para ellos, era aquello algo estrafalario, incomprensible, tan incomprensible que, ni en broma hubieranse atrevido a proponérselo, a una compañía de artistas franceses, italianos, norteamericanos...

Al día siguiente, en la tablilla de a bordo, aparecía la noticia de la representación, con su resultado económico, el importe del cual había sido confiado al capitán para que, por su mediación fuese entregado al: «Patronato de hijos de naufragos alemanes».

Un artista de la compañía, el barítono—ex panadero, ex ferrouxiista, futura gloria del «bel canto»—leyendo el cartelito aludido, le decía al gitanillo bailarín:

—¡Eh, tú, cuarterones; dame un pitillo. Acabé el tabaco y aequal indio del mostrador no fial.

PROVINCIANISMO LITERARIO

por JOSE ENSEÑAT

Si para un espíritu delicado, la vida parisién resulta muy amable, es tanto por su vida estética como por su vida política. Los problemas artísticos alcanzan en París, un grado de viva y agradable actualidad. Son tantos y tan bellos los motivos de discusión que depara allí la literatura y el arte, que cada día el buen parisién despierta con una nueva cuestión, es decir, con una emoción nueva más o menos elevada. Gomez Carrillo ha sabido recoger en sus crónicas, cada uno de los títulos y modos que a París ha aportado la literatura contemporánea. Quizás, este literato, los ha revestido demasiado con su tinte peculiar y frívolo. Pero, es que en París, si se discute mucho, se llega poco al enfado. Y el parisién, cuando no está enfadado, aparece fácilmente atacado de frivolidad. Para un europeo, frivolidad, sonrisa, comprensión, es todo uno y lo mismo.

París atravesó sus días de intransigencia artística, como antes, un siglo antes, había vivido largos años de excesiva intolerancia política. ¿Recordáis las luchas incasantes entre clásicos y románticos, entre los que se decían partidarios de Shakespeare y los que se llamaban devotos de Corneille? El romanticismo no era sólo un grito literario. Era también una moda, una manera de llevar el traje y el cabello. ¿Qué risas, qué sarcasmos no provocaron aquellos jóvenes melencólicos? Más tarde, la ira sustituyó a la risa y a puñetazo limpio eran echados de los teatros. Pero los jóvenes melencólicos vencieron, es decir, los que además de melencólicos tenían talento, porque el talento es de todas las escuelas y sistemas, sean largos o cortos los cabellos.

Es, ahora, cosa corriente atacar al siglo diez y nueve, sobre todo desde que Daudet le llamó «estúpido». Daudet, está en su punto, como lo están tantos literatos españoles que, como un escritor catalán nos confesó, serían de la derecha si fueran franceses. Pero si nuestra literatura se aparta del siglo diez y nueve, es porque la literatura del siglo diez y nueve está influida por el pensamiento del diez y ocho—Voltaire, Rousseau, Diderot, etc.—y en cambio,

la literatura de nuestra generación parte de la filosofía del siglo diez y nueve. Los escritores más rabiosos contra el siglo pasado deben el culto a su yo especialmente, a Nietzsche, el hombre que poetizó las morbosidades reaccionantes de su siglo. Probablemente el mal del siglo diez y nueve español, que tanto nos complacemos nosotros en combatir, nace, de que siguió de lejos y no se puso a la altura del diez y nueve europeo.

* * *

Toda «provincia» suele tener su sello literario; pero se distingue del medio cosmopolita en que no puede imponer su norma a otra provincia. Rubén Darío, vió esto claro y por eso fué a París. París dió la norma una vez más, o, mejor dicho, registró una norma nueva. Desconfiaba tanto Rubén del provincianismo literario, que para librarse de él, acudió al cobijo generoso de una lengua extraña. Mientras tanto, ¿qué decían más las «provincias» del gran poeta de Nicaragua?

París, antes de su revolución literaria, también antes de su revolución política, estaba atacado de provincianismo. Los salones clasicistas de las provincias francesas seguían a los cortesanos de Luis XIV; pero el París anterior, el de Luis XIII, había copiado de las costumbres clasicistas de las provincias. La moda, el salón, la rutina de la Francia neoclásica, eran provincianos.

Espiritualmente, una provincia, aún en pleno clima continental, guarda algo de la isla de Robinsón, con la particularidad de que son muchos los Robinsones que acuden a ella voluntariamente, porque se encuentran, viviéndola, muy a gusto. Sobre el provincianismo pasan en balde los años, sin que por esto dejen de perder su acento puro las tradiciones. Y nada hay más doloroso, ni más aniquilante que percibir una pérdida de horas y más horas en ese ir y venir sobre un camino mil veces trillado, mil veces devorado, con el recelo continuo de que una senda nueva pueda perturbar la inocente caminata, caminata larga, esté-

ril, por la cual, la primera vez que uno marcha, encuentra al resto del mundo de vuelta ya y con la perspectiva de cien rutas más, abiertas.

Espiritualmente, provinciano y burgués, significan una misma cosa. Literariamente, provincia, burguesía, banalidad, se identifican más aún. Son sinónimos de un concepto. ¡Con qué saña, con qué iracundia persigue un lector burgués al literato de quien sospecha que quiere ser modernista! «He aquí un brazo»—se dice enseguida el hombre disponiéndose a la lucha, con indignación, con la indignación con la cual ahorcaría—y con qué gusto!—al poeta de vanguardia. Al buen burgués, fácilmente irritable, le subleva más encontrarse con un lírico moderno que con un revolucionario de la propiedad.

Un escritor vasco, escribía no hace mucho, contra la comprensión política, escarmentado por la concepción española de que comprender es... claudicar. Por esto, varias veces hemos puesto nosotros el ejemplo de Gabriel Alomar, tan rectilíneo como hombre civil, como comprensivo, como lector, literato y crítico. Alomar vino hace algunos años de París, con insuperable entusiasmo, con la emoción del que hubo encontrado, al fin, el mundo que había soñado. Las polémicas políticas de París, sus coloquios diversamente literarios, toda la vida de la «villa luz», habían de saciar el deseo de un espíritu eminentemente ciudadano y cuya sensibilidad no desvía sus iras porque no tiene ninguna cobardía ni dejación que justificar.

En el fondo del provincianismo late, sin embargo, un criterio consecuente. Se desea un amaneramiento literario, como se desea un amaneramiento político. Debemos recordar «las amaneradas» del siglo diez y ocho; las mujeres que imponían la moda, la regla. Que no se discuta demasiado. Que no hablen ni piensen los hombres muy alto. Que nos riegue y bendiga la amada «aurea mediocritas». Que el literato no sea excesivamente original y que, incluso, si llega al robo, no lo preceda nunca de asesinato; que el plagio y la rutina sean absolutos.

